

los cuadros de la guardia, y veinte ó veinticinco mil en los depósitos concentrados en París, presentaban un débil socorro para los mariscales que iban á replegarse sobre la Champaña y la Borgoña con los restos de Leipsick y de Hanau. Napoleón se decidió á valerse de los guardias nacionales, aunque esto le había repugnado en un principio. Había en ellos formaciones dispuestas á las cuales se podría recurrir en un peligro tan apremiante. Napoleón encargó á los prefectos de Borgoña, Picardía, Normandía, Turena y Bretaña que se dirigieran á los pueblos donde el descontento no hubiese apagado el patriotismo, y les pidieran compañías escogidas de guardia nacional. No habiendo podido efectuarse en esas comarcas por falta de tiempo la leva de trescientos mil hombres de las antiguas quintas, y de ciento sesenta mil de la de 1815, no debían, pues, quejarse de los repetidos llamamientos, ni tampoco podían negarse, cualesquiera que fuesen las opiniones, en hacer un posterior sacrificio para arrojar al enemigo fuera del territorio. Napoleón señaló por punto de reunión á esos guardias nacionales París, Meaux, Montereau y Troyes. La Alsacia y el Franco Condado debieron contribuir también para ocupar los desfiladeros de los Vosgos.

Desgraciadamente faltaban fusiles para armarlos, pues á pesar de los talleres creados en París y Versalles, las armas de fuego no llegaban en número suficiente, y, como ya hemos dicho, había más brazos que fusiles, já pesar de que se prodigaron tanto los brazos desde el Moscowa hasta el Tajo!

Quedaba un recurso al cual Napoleón estaba dispuesto á apelar, sin pensar en el sacrificio que traería consigo, y era el que le ofrecían los dos ejércitos de España, los cuales reunidos delante de París le habrían dado ochenta ó cien mil soldados admirables. Con este solo recurso habría tenido un medio de destrozar á la coalición y de precipitarla en el Rin. Pero era muy dudoso poder disponer de esas fuerzas oportunamente. El duque de San Carlos, que partió para la frontera de Cataluña, la había atravesado y se había internado en España, y no dió más noticias de su paradero. El desgraciado Fernando, tan deseoso de dejar á Valencey por el Escorial, como Napoleón de retirar sus soldados del Adur al Sena, se moría de impaciencia. Pero nada se hacía. José, aprovechando esta ocasión oportuna para salir de su falsa situación, había escrito á Napoleón que ante la invasión del territorio no había ya que poner condiciones de ninguna especie, y que quería servir al Estado bajo cualquier concepto y en cualquier parte. Napoleón le había recibido en París, le había devuelto su categoría de príncipe francés así como también su puesto en el consejo de regencia, y había decidido que, sin darle como antes el título de rey de España, se le llamaría el *rey José* y á su esposa la *reina Julia*.

Este arreglo, que tenía la ventaja de restablecer la unión en el seno de la familia imperial, era hasta aquí el único resultado de las negociaciones de Valencey. Sin la esperanza de retirar todas sus fuerzas de la frontera de España, Napoleón quería al menos aprovechar una parte de ellas. Prescribió, pues, á los mariscales Suchet y Soult que se dispusieran á marchar con todos sus ejércitos hacia el Norte de la Francia, y provisionalmente, que el mariscal Suchet enviara á Lyon doce mil hombres de sus mejores tropas, y que el mariscal Soult

mandara catorce ó quince mil á París. Se prepararon relevos en el camino para transportar la infantería en posta como se había hecho otras veces. Ciertamente los mariscales Suchet y Soult se iban á quedar con pocas fuerzas después de esta desmembración, pero como no se les pedía más que retardar los progresos del enemigo en el Mediodía de la Francia, Napoleón esperaba que podrían hacerlo con las tropas que les quedaban.

Además, en virtud de órdenes anteriores, habían mandado cuadros á Burdeos, Tolosa, Montpellier y Nîmes, donde los quintos sacados de esos departamentos, equipados y armados á toda prisa, empezaban ya á reunirse. Es verdad que habiéndonos sorprendido allí las hostilidades, como en los demás puntos, antes de la época prevista del mes de abril, sólo podían encontrarse en vez de sesenta mil hombres unos veinte mil en los cuatro depósitos. Sin embargo, en tal apuro no era de desdeñar ese recurso.

Después de haber empleado todos sus cuidados en la creación de esas fuerzas, Napoleón se ocupó en darlas un destino. Aunque á la primera demostración del enemigo hacia Bélgica supuso que sus principales esfuerzos se dirigirían por esa parte desde el paso del Rin á Basilea, no tuvo ya duda ninguna acerca de la marcha de la invasión, vió que, aunque haciendo avanzar el cuerpo del general Blücher de Maguncia hacia Metz por la parte del Nordeste, la coalición quería, sin embargo, pasar adelante por el Este con sus fuerzas principales, á fin de evitar las defensas de la Francia y marchar por Belfort, Langres y Troyes hacia París. Bajo este concepto, Napoleón tomó sus disposiciones.

Ordenó á los mariscales Marmont y Víctor, que acababan de salir de las plazas, que siguieran ambos por los Vosgos y Estrasburgo hasta Belfort, que disputaran lo más posible el paso de esas montañas al enemigo, ya quisiera forzarlas ó darles la vuelta por Belfort, y que se replegaran en seguida hacia Epinal, para hacer frente á la columna que se presentaba por el Este. Toda la nueva guardia que estaba formándose en Metz debía correr al mismo punto de Epinal y ponerse bajo el mando del mariscal Ney. La antigua guardia, encaminada primero á Bélgica, recibió orden de retroceder hacia Chalóns del Marne, para tomar posición en Langres. Napoleón no dejó en Bélgica más que la división Roguet, la cual no debía estar allí sino el tiempo necesario para permitir al general Decaen que reuniera los primeros elementos de un cuerpo de ejército. No dirigiéndose por ese lado el principal esfuerzo de los aliados, Napoleón no quería dejar allí más que las fuerzas indispensables para contener al enemigo que venía del Norte. En consecuencia de estas órdenes, los cuerpos de los mariscales Marmont, Víctor, Ney y Mortier, que contaban cuando más con unos sesenta mil hombres situados de Epinal á Langres sobre las alturas que separan el Franco-Condado de la Borgoña, debían disputar á la masa invasora del Este la entrada en las llanuras del Marne, del Aube y del Sena, en tanto que Napoleón con las fuerzas que se preparaban en París y las que llegaron de España iría á sostenerlos y á llevarles el socorro de su presencia.

Si Blücher, cuyo movimiento no podía preverse, aún avanzaba llegando por el Nordeste de Metz hacia París, en tanto que Schwartzberg marchase por Langres y

Troyes, Napoleón no estaría sin recursos contra ese nuevo peligro. Macdonald con el 11.º y 5.º cuerpos refundidos en uno solo, y con el 2.º de caballería que en todo presentaba quince mil hombres, debía abandonar los Países Bajos, y pasando cerca de la columna de Blücher entrada en Metz, debía reunirse por Chalóns del Marne con Napoleón, quien, después de haber caído sobre Schwartzberg, se volvería contra Blücher, supliría el número con la actividad, la audacia y la energía, en una palabra, haría lo que pudiera, combatiría como gobernaba, desesperadamente. ¡La fortuna reserva tantos premios súbitos no sólo á los audaces, sino á los obstinados que se empeñan en conquistar á todo trance sus favores! ¡Así el conquistador que había conducido seiscientos cincuenta mil hombres á Rusia, después de haber dejado cien mil en Italia y trescientos mil en España, contaba para resistir á la coalición europea con unos sesenta mil combatientes replegados entre Epinal y Langres, quince mil retirándose de Colonia á Namur, veinte ó treinta mil delante de París, y quizá veinticinco mil que llegarían de los Pirineos! Esto era lo que le quedaba de su inmenso poderío, y prescindiendo de su número, ¿qué podríamos decir de sus condiciones? ¡Eran algunos jóvenes sin instrucción, sin uniformes y sin armas, incorporados en las filas de soldados viejos, extenuados de cansancio, pero que tenían todos sangre francesa en sus venas y que, conducidos por el genio de Napoleón, iban á disputar la Francia al universo irritado, haciendo, como veremos luego, nuevos prodigios!

Conviene añadir á esos recursos el ejército reunido en el Ródano. Anunciando el enemigo el proyecto de avanzar hasta Ginebra, y pudiendo así, en el caso en que el príncipe Eugenio fuera vencido en Italia, desembarcar por la Saboya, era de toda necesidad atender á la defensa de Lyon. En el vasto semicírculo que iba á describir en torno de París, maniobrando entre las dos columnas invasoras, Napoleón podía correr de Metz á Dijón, pero no podía extender su brazo hasta Lyon, y la capital hubiera sido entonces amenazada, ya por Autún y Auxerre, ya por Moulins y Nevers. En consecuencia de esto, encargó á Augereau, ya muy cansado sin duda, pero que conservaba aún un resto de ardor y talento para hablar á las masas, que reuniera en Lyon cuadros, quintos y guardias nacionales y los incorporase á los doce mil hombres que Suchet le enviaría del Rosellón. Si este viejo soldado de la revolución comprendía su papel, debía arrojar hacia Ginebra y Chambery á los aliados que hubiesen hecho una tentativa contra Lyon, y luego, libre de éstos, subir el Saona por Macón, Chalóns y Gray, para caer sobre la retaguardia del grande ejército que hubiera invadido la Borgoña. Las circunstancias ó el acaso podían darle ocasión de hacer inmensos servicios á la Francia.

Así, en una posición desesperada en apariencia, Napoleón no desesperaba sin embargo, y su espíritu no se había mostrado jamás ni menos abatido ni menos rico en recursos. En tanto que apresuraba con actividad el fin de esos preparativos, tenía que tomar medidas políticas para que coincidieran los medios morales con los materiales. Después de haber dejado ociosos en París á los miembros del cuerpo legislativo, había resuelto reunirlos, pues quería servirse de ese cuerpo para desper-

tar la opinión pública y atraerla á sí, y si no podía para obligarla al menos á que pensara en los peligros de la Francia, amenazada en aquel momento con un desastre espantoso.

Lo que sucedió en esta ocasión es lo que ha sucedido muchas veces y lo que sucederá casi siempre, á saber: que la opinión que se había querido comprimir, se despierta más viva y más intempestiva en sus manifestaciones. Por no haber querido permitir su expansión cuando ésta no tiene peligro y más bien puede ser útil, hay que sufrirla inoportunamente y en momentos en que en vez de críticas sería necesario una absoluta abnegación. Otro inconveniente presentan esas tardías explosiones, y es: que unos no saben decir la verdad y otros no saben comprenderla. De modo que esta verdad, en lugar de ser un socorro es un peligro, en lugar de un consejo una amenaza.

Los miembros del cuerpo legislativo llegados á París venían empapados en los sentimientos de sus provincias desoladas por las quintas y las requisiciones, por las arbitrarias medidas de los prefectos, los cuales tan pronto establecían impuestos á su capricho, como desterraban al padre rico que rehusaba entregar sus hijos á las guardias de honor, ó arruinaban al labrador pobre que ocultaba á los suyos. A estos dolores positivos, que no eran ni una invención ni una arma de partido, se añadían las nociones exageradas, si habían podido serlo, de lo que pasaba en nuestros ejércitos, nociones recogidas por todas partes y algunas veces hasta de las bocas de los miembros del gobierno. En toda Francia se contaban con sombríos detalles las desgracias de la última campaña, los sufrimientos de nuestros soldados moribundos que se quedaban en los caminos de Sajonia y Franconia, los espantosos estragos del tifus en el Rin, y las calamidades no menos horribles de la guerra de España. El sentimiento de estos males se había agravado al saber cuán fácil habría sido evitarlos. Aunque el público no llegó á saber que un día en Praga se hubiera podido obtener la paz más honrosa, y que por una culpable obstinación se había dejado pasar la oportunidad (lo que era un secreto entre Napoleón y Mr. de Basano, interesados en que no se divulgara, y de Mr. de Caulaincourt, persona demasiado fiel para divulgarlo), todos estaban persuadidos de que si no se había concluido la paz era por culpa de Napoleón; que siempre los aliados habían querido hacerla con él y él no había querido hacerla con ellos; y ahora que lo contrario se convertía en verdad, ahora que la Europa entusiasmada por sus triunfos, después de haber vanamente deseado la paz, no la quería ya, y que Napoleón deseándola estaba en la imposibilidad de obtenerla, la opinión pública, no distinguiendo entre una época y otra, le acusaba de una falta que había cometido y que no cometía ya, ¡le acusaba cuando era preciso que le sostuviera! ¡Triste y fatal ejemplo de la verdad largo tiempo encubierta! Mejor es, lo repetimos, declararla á los pueblos inmediatamente, pues así reciben á tiempo las impresiones que está destinada á producir, y no sienten en un momento los sentimientos que habrían debido sentir en otro. Habría sido necesario indignarse seis meses antes y hoy callarse y prestar apoyo, ¡y lo que se hacía era lo contrario! Añádase á esto que, ayudando un poco la bajeza del corazón humano, hombres que se habían



mostrado de los sumisos y maravillados con las grandezas del imperio, ahora que el prestigio empezaba á desvanecerse eran de los menos reservados en menospreciarle.

Un mes pasado en París en la ociosidad, los malos dichos y las excitaciones, no habían debido calmar á los miembros del cuerpo legislativo. En el gobierno se habían notado con inquietud las disposiciones que traían; pero al cambiarlas no era fácil. Aquel gobierno tan acostumbrado á manejar soldados, mostraba, cuando se trataba de manejar hombres, la dura torpeza del despotismo. Habían conservado al duque de Rovigo, como obra de policía, el cuidado de influir ya sobre los diputados, ya sobre los miembros del clero, como se había visto en la época del concilio. Adivinar las necesidades de familia de éste, las necesidades de clientela de aquél, y satisfacerlas con empleos ó con otros medios menos dignos aún, era una ocupación que el duque de Rovigo desempeñaba con una facilidad sin escrúpulo y una sencillez soldadesca, lo que bastaba entonces para la independencia de los caracteres. Pero si de este modo se salió bien con algunos individuos, con la mayor parte se necesitaban felizmente otros medios más nobles, tanto más cuanto mayor era la causa de la agitación de los ánimos. Por eso varios servidores influyentes del gobierno, conociendo que algunas satisfacciones personales no convenían ya á las circunstancias, habían dicho que sobre todo se debía impedir al duque de Rovigo que interviniera en los asuntos del cuerpo legislativo. Entre estos especialmente Mr. de Semonville, enemigo del duque de Rovigo, cuyo empleo ambicionaba, había dado ese consejo á Napoleón por medio de su amigo Mr. de Basano, y Napoleón, á quien habían disgustado las liberalidades del duque de Rovigo, se había apresurado á decirle que en lo sucesivo debía renunciar á mezclarse en lo que pasara en el interior de los grandes cuerpos del Estado.

Verdad es que los medios pequeños no bastaban ya ante los sentimientos largo tiempo comprimidos de la Francia desolada. Pero, á falta de esos medios, ¿quién habría sido capaz de emplear la persuasión honrosa? ¿Qué recursos podían ofrecer las personas hábiles que encontraban demasiado vulgar la habilidad del duque de Rovigo? Ninguno por desgracia, pues no hay habilidad que pueda prevalecer contra verdades dolorosas profunda y generalmente sentidas. Sin embargo, un presidente de talento, con la costumbre de manejar á los hombres y que poseyera la confianza de sus colegas, habría podido ejercer sobre ellos alguna influencia y hacerles comprender que, aun teniendo razón para estar indignados por el pasado, debían en el presente unirse fuertemente al gobierno á fin de rechazar al extranjero por un esfuerzo patriótico y decisivo. Pero para indemnizar al duque de Massa, privado de su cartera en provecho de Mr. Molé, se acababa de quitar al cuerpo legislativo toda participación en la elección de su presidente, y le habían impuesto el duque de Massa, magistrado entendido y honrado, digno de todos los respetos, pero ya achacoso, no conociendo á ninguno de los diputados ni conocido de ellos, y cuya presencia les disgustaba, pues ella era un último ejemplo de las voluntades caprichosas de un despotismo al que se culpaba de haber perdido á la Francia.

Este presidente nada podía hacer, pues, para superar las dificultades de la situación, para hacer sentir que sobre el derecho de quejarse estaba el deber de unirse contra los enemigos de la Francia. Si hubiera habido ministros firmes y resueltos que hubieran podido presentarse en la tribuna para hacer en ella las declaraciones necesarias, para pedir que se callaran los resentimientos y se diera rienda suelta al patriotismo, habría sido posible prescindir de esos medios de corrupción que se dirigían en particular á cada hombre; pero en la constitución del cuerpo legislativo todos estaban mudos, tanto el poder como la misma asamblea. Un orador del gobierno, personaje secundario y sin responsabilidad, acababa de pronunciar un discurso preparado de antemano delante de los legisladores, que contestaban con palabras del mismo género, pues unos y otros no hacían más que llenar una vana formalidad desprovista de interés. Allí no había ningún medio de aliviar el sentimiento público, de hablar á la nación, de trazarle sus deberes y de hacerse escuchar y creer. Se dirá quizá que una asamblea libre, en vez de socorros, habría puesto trabas; vamos á ver por lo que sucedió si una asamblea libre había podido ser más perjudicial que aquel cuerpo legislativo, avasallado y envilecido.

Habíanse, pues, reunido en París, con el corazón henchido de disgustos, de alarmas y de sentimientos amargos de todo género, que habían tenido necesidad de declararse y que no podían cuando Napoleón en persona abrió la legislatura el 19 de diciembre. En medio de un silencio glacial leyó el discurso siguiente, sencilla y noblemente escrito como todo lo que emanaba directamente de él.

«Senadores, consejeros de Estado y diputados del cuerpo legislativo: Grandes victorias han ilustrado las armas francesas en esta campaña; defecciones sin ejemplo han hecho inútiles estas victorias: todo se ha vuelto contra nosotros. La misma Francia estaría en peligro sin la energía y la unión de los franceses.

»En estas grandes circunstancias, mi primer pensamiento ha sido el llamaros á mi lado. Mi corazón tiene necesidad de la presencia y el afecto de mis súbditos.

»Jamás me ha seducido la prosperidad; y la adversidad me encontrará superior á sus ataques. Varias veces he dado la paz á las naciones, cuando ellas lo habían perdido todo: en una parte de mis conquistas he levantado tronos para reyes que me han abandonado.

»¡Había concebido y ejecutado grandes designios para la prosperidad y bienestar del mundo!.

»Monarca y padre, conozco cuánto aumenta la paz la seguridad de los tronos y la de las familias. Se han entablado negociaciones con las potencias aliadas. Yo me he adherido á las bases preliminares que ellas han presentado. Tenía, pues, la esperanza de que antes de la apertura de esta sesión se reuniría el congreso de Manheim, pero nuevas tardanzas, que no son atribuidas á la Francia, han diferido este momento tan deseado.

»He ordenado que se os comuniquen todos los documentos originales que se encuentran en mi secretaría de Negocios extranjeros; os informaréis de su contenido por medio de una comisión. Los oradores de mi consejo os darán á conocer mi voluntad sobre ese asunto.

»Nada por mi parte se opone al restablecimiento de la paz. Yo conozco y soy partícipe de todos los senti-

mientos de los franceses, y digo franceses porque no hay ninguno que desee la paz á costa del honor.

»Con pesar pido á ese pueblo generoso nuevos sacrificios; pero los exigen sus más nobles y caros intereses. He tenido que reforzar mis ejércitos por numerosas quintas; las naciones no negocian con seguridad sino desplegando todas sus fuerzas. Un aumento en los ingresos es indispensable. Lo que mi ministro de Hacienda os propondrá está conforme al sistema de Hacienda establecido por mí. Haremos frente á todo sin empréstitos que pesen sobre el porvenir, y sin papel-moneda, que es el mayor enemigo del orden social.

»Estoy satisfecho de los sentimientos que me han demostrado en estas circunstancias mis pueblos de Italia.

»La Dinamarca y Nápoles son los únicos que han quedado fieles á mi alianza.

»La república de los Estados Unidos de América continúa su guerra contra la Inglaterra.

»Yo he reconocido la neutralidad de diez y nueve cantones suizos.

»Senadores,

»Consejeros de Estado,

»Diputados de los departamentos al cuerpo legislativo:

»Sois los órganos naturales de este trono: á vosotros toca dar ejemplo de una energía que recomienda nuestra generación á las generaciones futuras. Que ellas no digan de nosotros: ¡Sacrificaron los primeros intereses del país! ¡Reconocieron las leyes que la Inglaterra en vano trató durante cuatro siglos de imponer á la Francia!

»Mis pueblos no pueden temer que la política de su emperador haga traición á la gloria nacional. ¡Por mi parte abrigó la confianza de que los franceses serán siempre dignos de ellos y de mí!»

En este discurso Napoleón había anunciado la comunicación de los documentos de la negociación de Francfort, que sin saber por qué parecía estar totalmente interrumpida. Prometíase que de esta comunicación saldría un resultado de una gran utilidad, el único que podía esperar entonces de la reunión del congreso, y era la prueba de que quería la paz, que había aceptado francamente las condiciones tales como se las impusieron en Francfort, y que si esta paz no estaba firmada la culpa no era suya, sino de las potencias aliadas. Una declaración del cuerpo legislativo en ese sentido habría podido remediar, si no el aniquilamiento del país, al menos su desconfianza profunda, y le habría devuelto algún ardor persuadiéndole que no se iba á sacrificar otra vez más á la ambición del emperador, sino á la necesidad de defenderse y de salvarse. Sin embargo, antes de disipar la desconfianza del país habría sido necesario disipar la del cuerpo legislativo, y esto no podía alcanzarse sino con mucha sinceridad. Mr. de Caulaincourt, que no tenía nada que temer de esa franqueza, la aconsejaba con instancia; pero Napoleón tenía muchas verdades que callar para seguir ese consejo. Si se hubiera comunicado únicamente el informe de Mr. de Saint-Aignan, se habría podido ver que Mr. de Metternich recomendaba expresamente *no hacer hoy lo mismo que en Praga*, es decir, no dejar pasar un momento único para concluir la paz, lo que probaba que en Praga se había podido hacer y no se había querido. Si además

se hubiese presentado la carta de Mr. de Basano, del 16 de noviembre último, se habría hecho evidente que en el momento de las proposiciones de Francfort, en vez de coger la palabra á la Europa, el gabinete francés había contestado de una manera equívoca é irónica, y que hasta el 2 de diciembre no respondió con una aceptación formal.

Aunque el público ignorase cuán funesta fué la pérdida de este mes, habría sospechado que al perderlo se había perdido un tiempo precioso, pues tanto como la proposición de Mr. de Metternich había sido sincera y apremiante, tanto su despacho del 10 de diciembre era frío y evasivo. La sinceridad podía acarrear, pues, graves revelaciones; pero al dirigirse á los representantes del país para alcanzar su apoyo era preciso al menos hablarle con franqueza, y confesando las faltas pasadas, apoyarse en la buena fe presente, que la nota del 2 de diciembre ponía fuera de duda, para obtener del cuerpo legislativo la declaración formal de que el gobierno quería la paz, una paz honrosa.

Napoleón permitió ciertas comunicaciones un poco más amplias al senado, pero limitó y alteró las del cuerpo legislativo. Verbigracia, el informe de Mr. de Saint-Aignan debía presentarse con modificaciones cuya intención era hacer desaparecer la huella de lo que había pasado en Praga. Las cartas del 16 de noviembre y 2 de diciembre debieron sin embargo ser comunicadas ambas, pues la una se refería á la otra. En cuanto á la forma de las comunicaciones se decidió que el senado y el cuerpo legislativo, cada uno por su parte, nombrarían una comisión de cinco miembros, y que esta comisión iría á casa del archicanciller Cambaceres para tomar conocimiento de los documentos anunciados. Entretanto se ocupaban en el senado y cuerpo legislativo en la elección de los comisarios destinados á recibir las comunicaciones del gobierno.

El senado nombró altos personajes que sin ser adictos eran incapaces entonces de la menor imprudencia. Designó á MM. de Fontanes, de Talleyrand, de Saint-Marsán, de Barbé-Marbois y de Beurnonville. Estos nombres no revelaban ni hostilidad ni complacencia. En el cuerpo legislativo fué otra cosa. El gobierno había indicado en secreto sus preferencias, pero no se hizo caso ninguno de estas indicaciones. El cuerpo legislativo, que hasta aquí había intervenido muy poco en la política para hallarse constituido en distintos partidos y para tener así designados de antemano sus candidatos, los buscó como á tontas, y se vió obligado á recurrir á varios escrutinios para encontrar en cierto modo su propio pensamiento. Desde luego rechazó los candidatos del gobierno; pero después de haber reflexionado nombró hombres distinguidos é independientes que gozaban, sin haberlo ambicionado, de la estimación de sus colegas. Éstos fueron Mr. Lainé, célebre abogado de Burdeos, antiguo partidario de las ideas de la revolución, convertido después á opiniones más moderadas, dotado de un alma virtuosa pero apasionada, de una elocuencia estudiada pero brillante y grave; Mr. Raynouard, hombre de reputación en la literatura, autor de la tragedia *Los Templarios*, honrado, vivo, inteligente y sincero; Mr. Maine de Birán, de talento meditado, entregado á los estudios filosóficos, uno de los sabios que Napoleón acusaba de *ideología*; y, por fin, de



MM. de Flaugergues y Gallois, éstos menos conocidos, pero hombres de talento y partidarios muy pronunciados de la libertad política. Todos en vísperas de empeñarse en una lucha contra el gobierno, estaban metidos casi sin pensarlo en la vía del *realismo* (entendemos por esta denominación una inclinación por los Borbones con leyes más ó menos liberales); pero no eran aún, al menos los tres primeros, los solos que gozaban entonces de cierta nombradía.

Una vez hecha esta elección, cada comisión, con su presidente respectivo á la cabeza, pasó á casa del príncipe archicanciller. La comisión del senado fué admitida la primera, es decir, el 23 de diciembre: recibió las comunicaciones de Mr. de Caulaincourt, lo escuchó todo, no dijo nada, y después de haber oído la lectura de las cartas del 16 de noviembre y del 2 de diciembre, no conservó ninguna duda sobre la falta que se había cometido en no aceptar pura y simplemente y al momento las proposiciones de Francfort.

Con efecto, talentos como los de MM. de Talleyrand y de Fontanes vieron claro que la carta del 2 de diciembre habría debido escribirse el 16 de noviembre. Monsieur de Fontanes fué encargado de presentar al senado el informe sobre las operaciones de la comisión senatorial. ¡Cosa extraña!; la comunicación dirigida á los hombres de más importancia era la menos importante porque era de pura fórmula. El 24 tuvo lugar la segunda comunicación, la que destinada á personajes menos encumbrados debía tener sin embargo mucha más importancia.

Como si hubieran querido rebajar aún el carácter del paso que daban, habían encargado, no al ministro, sino á uno de sus subalternos, Mr. de Auterive, hombre indudablemente de mucho mérito, que se viera con los miembros del cuerpo legislativo y les expusiera la marcha de las negociaciones. La conferencia se tuvo igualmente en casa del príncipe archicanciller. En vez de altos personajes conocidos y francamente atentos, tuvieron delante de sí hombres de rostros nuevos, curiosos, apasionados, que escuchaban, sí, lo que se les decía, pero pidiendo y deseando más revelaciones. Después de leído el informe reclamaron otra lectura, que no les fué negada. Su primera impresión fué una especie de sorpresa; pocos minutos después de esta lectura estaban todos convencidos de que si aún había guerra era debida á la obstinación de Napoleón; y sin embargo, no teniendo á la vista los documentos de la negociación de Praga, sino únicamente los actos de Francfort, la proposición confiada á Mr. de Saint-Aignan, la respuesta de Mr. de Basano del 16 de noviembre y la de Mr. de Caulaincourt del 2 de diciembre, estaban obligados á reconocer que en esta última ocasión Napoleón había querido la paz. Si hubiesen conocido un poco mejor lo que son las transacciones diplomáticas y si hubiesen podido saber lo que había pasado en Europa del 16 de noviembre al 2 de diciembre, y qué bien aprovechado fué por nuestros enemigos este tiempo que perdimos nosotros, habrían notado la falta que se había cometido en no ligar desde el primer momento á las potencias aliadas mediante una aceptación pura y simple de sus proposiciones. Reconociendo no obstante entre la carta del 16 de noviembre y la del 2 de diciembre un progreso verdadero en punto á intenciones pací-

ficas, querían obtener otro progreso; querían que se contrajera el compromiso solemne de hacer á la paz los sacrificios necesarios; que como esa base de las fronteras naturales era muy vaga, pues en Holanda, en el Rhin y aun en Italia podían existir muchos puntos que disputar, se declarase altamente á la comisión lo que se proponía ceder; que la comisión lo declarase después al cuerpo legislativo, es decir, á la Europa, y que así se encontraría ligado todo el mundo, Napoleón y la misma coalición. A su juicio este era el único medio de obrar sobre el espíritu público, y conquistarle probándole que los esfuerzos pedidos al pueblo francés no tenían por objeto locas conquistas, sino la conservación de las fronteras naturales de la Francia. Mr. Raynouard, con su imaginación meridional, proponía la forma siguiente: «Señor, quería decir, en la época de vuestra consagración habéis jurado mantener los límites naturales de la Francia, el Rhin, los Alpes y los Pirineos; os pedimos que seáis fiel á vuestro juramento y os ofrecemos toda nuestra sangre para ayudaros á cumplirlo. Pero una vez cumplido vuestro juramento y aseguradas nuestras fronteras, la Francia y vos no tendréis ya motivos de honor ni de grandeza que puedan ligaros, y podréis sacrificarlo todo al interés de la paz y de la humanidad».

Este modo de decir tan original, que era una intimación de paz bajo la forma de una intimación de guerra, agradó mucho á los asistentes, pero por el pronto se retiraron á fin de consagrar un poco de tiempo á la reflexión y poder buscar despacio la mejor manera de dirigirse al cuerpo legislativo, á la Francia y á la Europa. Mr. de Hauterive, que bajo un exterior grave y un tanto pedantesco ocultaba infinita destreza, se esforzaba por atraerse á varios miembros de la comisión para predisponerlos á que se encerraran en los límites de una extensa reserva. Pero cuando se recurre á la publicidad es preciso saber sufrirla enteramente y fiarse del todo al buen sentido nacional. Sin embargo, ésta no puede hacerse con seguridad sino cuando ese buen sentido se ha formado por una larga participación en los negocios públicos, y preciso es convenir en que es dar mucho al acaso el dirigirse á él por la primera vez en circunstancias delicadas y peligrosas. Se comprenderá, pues, que el gobierno no quisiera ni decirlo todo ni dejárselo decir á esta comisión; pero para eso habría sido necesario no permitir su reunión, y sin embargo, ¿cómo imponer á la Francia tan grandes sacrificios sin dirigirla una sola palabra? Guardando silencio no se tiene derecho para exigir de una nación aniquilada ya su último escudo y su último hombre. Aquellos que toman por costumbre disputar á un país el conocimiento de sus negociaciones, deberían preguntarse á sí mismos si no llegará un día en que tendrán que revelarlo todo, y si este día no será justamente aquel en que sería preciso tener menos cosas tristes que decir.

Mr. de Hauterive se esforzó principalmente en atraerse á Mr. Lainé, que parecía ser el hombre más influyente de la comisión, y encontró en él, no un realista partidario secreto é impaciente de la casa de Borbón (tal cómo se habría podido suponer en vista de la conducta posterior de este ilustre personaje), tratando ya de poner obstáculos al poder actual en provecho del poder futuro, sino un hombre sincero y profundamente

afectado con las desgracias de la Francia y el sistema arbitrario bajo el cual estaba condenado á vivir. Con respecto á la política exterior, Mr. de Hauterive le encontró como á sus colegas dispuesto á reclamar una declaración explícita de los sacrificios que se había resuelto hacer á la paz, pues á su juicio era el único medio de obtener de la Francia un último esfuerzo, si aún así era capaz de hacerlo, en la extenuación en que se hallaba. Mr. de Hauterive, aprovechándose de la ventaja que ofrece siempre la intimidad con un hombre de talento y buena fe, procuró persuadir á Mr. Lainé que era imposible publicar en la tribuna el plan de una negociación, y que por consiguiente no se podía decir en alta voz lo que se cedería ó no se cedería, pues era descubrir secretos á un enemigo que callaba los suyos, ó bien presentar un *ultimatum*, especie de intimación que no se emplea en una negociación sino cuando es urgente poner fin á dilaciones calculadas, y cuando se tiene fuerza bastante para sostener el lenguaje perentorio á que se recurre.

Esclarecido por estas observaciones prácticas, monsieur Lainé prometió hacer oír la razón á sus colegas sobre este punto y cumplió su palabra. Con efecto, después de algunas discusiones muy animadas, la comisión renunció á insistir sobre la enumeración detallada de los sacrificios que se harían á la paz; pero tuvo buen cuidado de especificar que la Francia se quedaría irrevocablemente en sus fronteras naturales sin pretender nada más, y que una vez proclamado sinceramente este sacrificio, á la Europa le tocaba explicarse definitivamente sobre las bases de Francfort propuestas por ella y formalmente aceptadas por Mr. de Caulaincourt en su carta del 2 de diciembre. Decidido este punto, se pasó á la política interior, y todas las pasiones estallaron respecto al sistema de arbitrariedad bajo el cual se gemía en el seno del imperio. Sobre esto cada cual tenía quejas muy serias que alegar: impuestos recaudados sin ley, vejámenes horribles en la aplicación de las leyes de quintas, abusos insoportables en las requisiciones, arrestos ilegales, detenciones arbitrarias, etc.

Bajo todos estos conceptos, los hechos eran tan numerosos como distintos, y en un momento en que el gobierno pedía que se sacrificaran por él, era llegado e. caso de decirle que para el ciudadano patriota había dos cosas igualmente sagradas, el territorio y las leyes: el territorio, que es el sitio que el hombre ocupa en el mundo y que debe defender contra todo invasor; las leyes, á cuyo abrigo vive, en cuya virtud se le puede hacer sentir la autoridad pública, y cuya observancia rigurosa tiene derecho á reclamar. El territorio y las leyes son los dos objetos sagrados del verdadero patriotismo. Todo ciudadano tiene derecho para decir á un gobierno que le pide grandes sacrificios: «No quiero ayudarte á arrojar al enemigo del territorio para encontrar al volver á él la tiranía.» Sobre este punto la reunión estuvo unánime y se formó el proyecto de una manifestación moderada, pero explícita. Como conclusión de estas comunicaciones se debía presentar un informe al cuerpo legislativo en el cual se le diría todo lo que se había sabido, y en su vista se propondría un mensaje al emperador.

Mr. Lainé fué encargado de redactar ese informe y lo escribió en el sentido que acabamos de indicar. Con-

signaba en él que en Francfort se había hecho una proposición á la Francia, fundada sobre la base de las fronteras naturales; que el 16 de noviembre la Francia había acogido esta proposición proponiendo un congreso en Manheim; que sobre una nueva interpelación de Mr. de Metternich que encontraba la aceptación de las fronteras naturales poco explícita, la Francia las había aceptado formalmente el 2 de diciembre, y que aquí estaban ya las bases sobre las cuales se debía tratar. El informe decía que las potencias aliadas debían á la Francia y se debían á sí mismas el atenerse á lo que habían propuesto, y que la Francia por su parte debía sacrificar toda su sangre para sostener unas condiciones propuestas de ese modo. Por fin el informe añadía que había para un país dos cosas supremas, la integridad del territorio y el sostenimiento de las leyes; y bajo este concepto hacía en términos respetuosos al emperador, y con una entera confianza en su justicia, una exposición de algunos de los actos de las autoridades que habían dado motivos de queja. El lenguaje por lo demás era sincero, aunque grave y reservado.

El 28 se reunieron para someter al príncipe archicanciller y á Mr. de Hauterive este proyecto de informe, pues hasta entonces no era más que un proyecto.

El archicanciller, aunque juzgando bien fundadas las observaciones de la comisión, se alarmó sin embargo del efecto que el informe podía producir sobre la Europa y en particular sobre Napoleón. A los ojos de la Europa pasaría por un acto de sorda hostilidad en una circunstancia en que era indispensable la unión más completa entre los poderes; respecto á Napoleón debía herirle y provocar por su parte alguna violencia sensible, más sensible en aquel momento que en cualquiera otro. El prudente archicanciller podía tener razón sobre ambos puntos, pero ¿por qué no se había acordado á los representantes del país más que aquel día, un día tan tardío, para manifestar esas indispensables verdades? Empero, aunque con fundamento pudieran elevar quejas gravísimas, quizás habría sido mejor diferir el momento de hacerlo. El archicanciller trató de inculcarles esta razón, y su noble y majestuoso semblante, muy propio para aconsejar la prudencia, produjo sobre los asistentes alguna impresión. Se permitieron, pues, algunos cambios. Mr. de Hauterive obtuvo uno muy importante, guardándose de confesar el motivo por que lo había solicitado. Se habían insertado textualmente en el informe las dos cartas del 16 de noviembre y 2 de diciembre, y temía que el público, más astuto que la comisión, no concluyera por descubrir la verdadera falta, la de la aceptación demasiado tardía de las bases de Francfort. La razón que dió fué que no podían publicarse decorosamente los documentos de una negociación apenas empezada, y no se citaron, pues, textualmente estos documentos. Por último, el archicanciller obtuvo que todo lo relativo á las quejas contra el gobierno interior quedase reducido á varias frases excesivamente moderadas. Con efecto, después de haber hablado de la declaración que se debía hacer á las potencias, y de las medidas de defensa que había que tomar si esta declaración no era escuchada, el informe añadía:

«Según nuestras instituciones, al gobierno le toca proponer los medios que crea más pronto y seguros